

# EL IDEAL MODERNO

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES Y GENERALES.—Ciencias, Artes, Industria, Comercio, Agricultura, Noticias y Anuncios

2.ª época.—Año III.

Mataró.—Domingo 11 de Febrero de 1883.

Núm. 6.

Suscripción al mes. . . . . 2 rs.  
Números sueltos. . . . . 6 cuartos.  
Anuncios y comunicados, á precios convencionales.  
REDACCION Y ADMINISTRACION: San José, 34.

## EL FIN DEL MUNDO

La repetición con que se ha ya anunciado el fin del mundo, señalando la fecha exacta en que había de ocurrir este suceso, y el deplorable efecto que semejantes vaticinios han producido en todos los pueblos, manifiestan claramente como la credulidad, la superstición y la ignorancia dominan en la mayoría de las gentes de todos tiempos y países.

Durante la Edad Media abundaron estos vaticinios, favorecidos por la barbarie de los tiempos. A cada paso se encuentra en los indigestos cronicones, única fuente para la historia de tan desgraciada época, profecías fundadas en datos más ó menos serios, pero produciendo siempre un triste resultado. Al solo anuncio del fin del mundo, las personas timoratas hacían testamento, dejando sus bienes á la Iglesia, como si en el caso de que la vida concluyese en la tierra, se escapara á alguien para dar cumplimiento á tales donaciones. Sobre todos los vaticinios es notable el que mantuvo á toda Europa en constante ansiedad durante los últimos años del siglo X de nuestra era. Fundándose en una falsa interpretación del texto del Apocalipsis de San Juan, se había señalado el fin del mundo para el último año de ese siglo. La ignorancia y la barbarie de los señores feudales, el precario estado de aquella sociedad, y las miras interesadas de ciertas gentes, produjeron tal pánico, que todos los que tenían bienes hacían testamento dejando esos bienes á la Iglesia, ingresaban en los monasterios los que se encontraban en posibilidad de hacerlo; las campiñas quedaban desiertas, y como consecuencia de todo esto las calamidades hacían progresos aterradores; el hambre y la peste, tan fatales en la Edad Media, redoblaban sus estragos, y seguramente, á prolongarse mucho tiempo semejante situación, la humanidad hubiera perecido, no por el fin del mundo, pero sí por los efectos del miedo.

Vivimos por fortuna en siglos más prósperos y felices, y hoy esos pueriles temores solo causan risa y compasión. Sin embargo, no falta aun quien haga profecías á plazo fijo, ni quien las crea. Entre otras muchas, las que lo fijan por corto plazo son dos: una señala el fin del mun-

do para el año 1896, y la otra para el último año del presente siglo.

Pasarán estas dos fechas sin la menor novedad, pero no por esto los agoreros dejarán su oficio, y á las profecías fallidas seguirán otras hasta que alguna acierte. Todo consiste en ir alargando el plazo.

En efecto, la vida en la Tierra ha de tener un fin más ó menos próximo. La ciencia así lo consigna. Lo que sí es de todo punto aventurado, el señalar un plazo fijo para ese temido acontecimiento.

Llegará el fin del mundo, pero ¿cómo? A semejante pregunta la ciencia responde presentando las diversas maneras como puede verificarse el último cataclismo, y por consiguiente la sola dificultad consiste en averiguar el procedimiento que será preferido.

Durante largo tiempo, y mientras no se conoció la naturaleza de los cometas, estos astros cabelludos eran mirados con prevención, se les consideraba dotados de nefasta influencia, y se temía que alguno de ellos, chocando con la Tierra la hiciera pedazos. Los estudios modernos sobre los cometas, han alejado mucho la eventualidad de semejante choque, y han hecho ver que aun dado caso de que el encuentro se verificase, como los cometas están constituidos por una tenue aglomeración de materias, la Tierra ni se apercebiría del suceso. Reconciliados de esta manera con los cometas, es preciso verlos como seres muy *excéntricos*, pero de todo punto inofensivos.

En el calor central, tiene la Tierra un enemigo de más consideración. La superficie sólida de nuestro mundo no se extiende á una profundidad mayor de 10 leguas, mientras que el radio terrestre es de 1592 leguas. La inmensa aglomeración de materias que ocupa las 1592 leguas, desde el centro de la tierra hasta la capa superficial habitable, se encuentra sometida á una temperatura tan elevada, que es casi imposible formarnos idea de ella. Esas materias se hallan en espantoso estado de agitación, de lo cual nos dan cumplida prueba los volcanes y terremotos. Ahora bien; si por cualquier evento llegaran á cegarse los respiraderos por los cuales ese calor central se desahoga en los volcanes, sucedería con nuestro mundo lo que se inutiliza con la válvula de seguridad; llegaría un momento en que la fuerza de expansión de los vapores y de los cuerpos en ebullición, venciendo la resistencia de la corteza sólida del globo, haría estallar á éste. Dentro de nuestro sistema planetario, los astrónomos contemplan vestigios de una catástrofe análoga: tales son los pequeños planetas llamados asteroides y que probablemente constituyen

los restos de un gran planeta situado entre Marte y Júpiter.

Otro medio de llegar al fin del mundo consiste en la exactitud de la vida en nuestro mundo. Constituido el Sol, según las teorías más admitidas, por una aglomeración de sustancias gaseosas sometidas á una temperatura tan elevada que en ella el hierro no puede permanecer más que en el estado de tenue vapor, necesita disponer de un manantial de calor que reponga las pérdidas que continuamente experimenta á la manera como nosotros, para sostener hirviendo un líquido, tenemos necesidad de reponer el combustible que se consume. Si, lo que es dudoso todavía, el calor del Sol no se repona, irá consumiéndose hasta llegar un momento en que, solidificándose en la superficie las sustancias más fijas, deje de enviarnos la luz y el calor. Entonces la Tierra llegaría á la temperatura de los espacios planetarios, en la cual (por lo menos 72° bajo cero) la vida, tal como está organizado nuestro mundo, es imposible.

El enfriamiento del Sol se verificaría con mucha lentitud, y con la misma iría acabándose la vida en la Tierra. Concentrada la población en las comarcas más cálidas, el último aliento de la humanidad se daría en el Ecuador y en las regiones del centro de Africa, asilo hoy de la barbarie ó de la soledad, y que serían entonces refugios de civilización más refinada.

Los que no admitan que el Sol llega á apagarse, tienen á su disposición medios de sobra para concluir con nuestro mundo.

La Tierra puede caer en el Sol. La atracción de este astro, combinado con la fuerza centrífuga, hace mover á nuestro mundo; pero como éste no se mueve en el vacío absoluto, sino en el éter que llena los espacios entre los planetas; encuentra ese movimiento la resistencia del éter, cuya resistencia irá poco á poco disminuyendo su velocidad, hasta que llegue un momento en que el movimiento de la Tierra sea tan lento, que la atracción del Sol venza á la fuerza centrífuga, y entonces la tierra caerá en el Sol. Seguramente que nadie podría contar las impresiones de semejante viaje.

Estudios recientes han demostrado que el Sol, lejos de permanecer fijo é inmóvil, se dirige con la velocidad de dos leguas por segundo, arrastrando en su marcha á todo nuestro sistema planetario hacia una estrella de la constelación del Hércules. Pues bien; hay que admitir que el Sol describe alrededor de esa estrella una órbita más ó menos excéntrica, pero que siempre ha de dar por resultado que todo nuestro sistema de mundos, abandonando las regiones del espacio en que ahora se encuentra, llegará á nuevas regio-

José Escobet